

LA UNIVERSIDAD

Gustavo Baz

En estas líneas no me propongo hacer un juicio crítico de la Universidad actual de México, que pudiera dar base sólida a la reforma universitaria, ni entrar en la sola exposición de ideas y conceptos que tanto se han repetido sin llegar a nada concreto. Sería quedarme en el análisis a veces superficial y confuso, que llena ya muchos artículos, folletos, ensayos y libros.

Deseo apuntar algunas ideas a propósito de cómo puede llegar la cultura a quienes se proponen venir a la Universidad desde los puntos más lejanos del país, o llevarla hasta esos lugares haciendo factible que los jóvenes, que no pueden ingresar a la Universidad, encuentren su vocación y tengan la preparación indispensable que les permita incrementar su economía y formar su personalidad, dándoles firme seguridad en ellos mismos para que sirvan mejor a la comunidad y den base sólida a la economía moderna que se apoya en el bienestar de las masas.

La educación superior en México puede considerarse como muy buena en su organización teórica, en sus categorías ascendentes.

Existe el Colegio Nacional, que es autónomo. A él pertenecen los representantes

de la más alta cultura. Sus pláticas, cursos, conferencias, pueden ser escuchados y leídos por todos aquellos que se interesan por la cultura superior.

Vienen después las universidades, cuya organización se divide en dos grandes partes: la investigación científica y la docencia.

La investigación se divide a su vez en especializaciones: sociales, estéticas, históricas, etcétera.

La docencia está dividida en facultades, escuelas, institutos, academias.

En todos estos órganos existen estudios de tipo general y de especialización.

El acceso a estos centros de cultura es libre para todo aquel que demuestre tener la preparación aceptada por las disposiciones que dicta el consejo de la Universidad, a través de la Rectoría, y no es limitado por motivos de raza, creencias, etcétera. En nuestra Universidad no hay discriminación.

La Universidad cuenta con medios de difusión, tales como la radio y un bien organizado sistema editorial. Sería deseable tener un canal de televisión.

¿Por qué se habla de la reforma educativa?

¿Por qué se habla de acercar la Universidad al pueblo?

¿Por qué se habla de la extensión universitaria, de la universidad popular?

La contestación a estas preguntas debe ser categórica: no se trata de abaratar la cultura, sino que es necesario tener una idea clara de que no todos tienen la vocación y la capacidad para llegar a ser supermatemáticos, a quienes se deben los grandes progresos de ese tipo de ciencias y los que de ellas se derivan; no todos tienen la vocación y la capacidad para ser médicos cirujanos del sistema nervioso.

La gran especialización se forma siempre por un grupo de sabios que cada vez perfeccionan y hacen progresar más la especialidad a que se dedican, y esos grandes progresos que estos hombres sabios alcanzan cada día, están al servicio de la humanidad sin más limitación que la disponibilidad de instalaciones adecuadas que hagan posible la aplicación a cuantos lo necesitan.

¿Qué significa acercar la Universidad al pueblo cuando todos los jóvenes mexicanos tienen acceso a ella? Para mí esa inquietud señala una necesidad insatisfecha de cultura y el deseo de adquirirla, pudiendo recorrer todos los escalones hasta llegar a la más alta especialización; pero no está en la posibilidad de la Universidad, ni aun teniendo los medios económicos suficientes, hacer de cada ciudadano un sabio. Los factores de vocación, capacidad, persistencia en el esfuerzo, no se pueden manejar con disposiciones reglamentarias ni con modificaciones a los Estatutos de la Universidad o a sus sistemas de enseñanza; pero hay un grado en la escala de la cultura que puede

y debe ampliarse, aumentando cada vez más su radio de acción, y es el de bachiller, que debe significar la preparación cultural necesaria para poder ocupar una posición económica y política más firme en nuestra organización social actual.

El bachillerato debe tener a su cargo la formación del hombre como ciudadano, como mexicano, dándole el conocimiento de sus deberes políticos en el sentido de prepararlo para dirigir al país en la actividad social que haya elegido; debe darle la sensación de ocupar su sitio en la comunidad humana, con la conciencia clara de que es una parte de un todo en donde se está para servir cada vez mejor.

En algunas ocasiones he afirmado que el maestro debe enseñar para saber y no únicamente para pasar y que el estudiante debe estudiar desde el primer día de clases y desde el primer renglón de sus libros también para saber y no solamente para pasar de curso; que los apuntes dejen el sitio a los libros de texto seleccionados entre los mejores, y si estos libros se atrasan en relación a su época, como es frecuente, deben ser modificados de acuerdo con los progresos de la ciencia y de la técnica.

Las hemerotecas deben ser unidades vivas, queriendo significar con esta palabra que sean manejadas por maestros que sepan estimular el interés de los alumnos para encontrar en las revistas los progresos diarios de los conocimientos humanos.

Los programas para obtener el título de bachiller necesitan tener dos finalidades bien precisas: primera, ser el escalón necesario de preparación cultural para alcanzar estudios superiores y segunda, abrir las puertas a mejor situación económica y social, como ya se apuntó con anterioridad.

Valdría la pena estudiar con verdadero interés el establecimiento de escuelas que den conocimientos semejantes a los que se necesitan para adquirir el grado de bachiller y a las cuales pudieran ingresar estudiantes que, aunque no tuvieran la preparación prevista para ese grado, pudieran inscribirse en las materias que ellos eligieran, para que al terminar sus estudios, recibieran simplemente un diploma por los conocimientos adquiridos.

Este tipo de escuelas tendría dos turnos: matutino y nocturno. Habría en ellas talleres libres de pintura, escultura, música, danza, etcétera.

¿Sería éste el principio de lo que se desea llamar Universidad Popular?

En este tipo de escuelas habría seminarios, conferencias, mesas redondas, etcétera; en ellas, como en el bachillerato, continuaría la politización de la juventud que en mi opinión debe comenzar desde el jardín de niños.

Habría que pensar en la importancia que tendría el que los grupos sindicales, los obreros, los campesinos pudieran plantear libremente sus problemas y estudiar las soluciones; la oratoria, no como jilgueros al servicio de un candidato, sino como el planteamiento de una tesis y la posi-

bilidad de que la misma fuera discutida libremente.

Para terminar quiero afirmar que para mí la reforma universitaria no está en los edificios, no está en las disposiciones reglamentarias, sino en la adquisición de los conocimientos y en el cambio de mentalidad de los que enseñan, que deben adaptarse a su época y a los progresos enormes de la ciencia y de la técnica y al inevitable cambio en la organización económica, política y social que está realizando el mundo.

Es natural que al individuo que llega a determinada edad y con ella a la formación de un criterio más o menos sólido, le cueste trabajo pensar en modificaciones radicales para la convivencia humana; pero esos cambios son inevitables. Comienzan por ser el malestar indefinido de las masas hasta que los hombres guías, que estudiando a fondo las causas de los problemas, proponen las soluciones útiles que evitarán la violencia que se produce cuando se trata de impedir que se establezca el equilibrio entre el medio y el material humano. Y es preciso que esos guías salgan principalmente de la Universidad, donde hayan tenido oportunidad de formarse como hombres, como mexicanos, con una clara visión del presente y del futuro.